

CARTA PASTORAL NÚMERO 38

- Una de las consecuencias del Bogotazo, el 9 de abril de 1948, fue desatar las blasfemias contra Dios, su Iglesia, el culto y la moral católica. Hubo un verdadero sacrilegio masivo; se incendiaron iglesias y casas curales y se asesinaron sacerdotes y religiosas. También se profirieron innumerables blasfemias contra Dios y sus ministros.
- En esta pastoral, monseñor Builes invita a hacer un juramento de fidelidad a Dios, adquiriendo un compromiso de corazón y de conciencia mediante la oración, el ayuno y la penitencia, para frenar el avance del mal en nuestro pueblo contra los blasfemos, que quieren destruir la patria y sus tradiciones religiosas.

3 de junio de 1948

EL JURAMENTO CATÓLICO

Monseñor Miguel Ángel Builes
Obispo de Santa Rosa de Osos

Alocución del excelentísimo señor Builes en la gran procesión del Sagrado Corazón de Jesús, en junio de 1948, a raíz del 9 de abril.

Solo a los liberales se les ocurre que no hay derecho en la Iglesia para exigir un juramento de fidelidad.

Amadísimos sacerdotes y fieles de esta ciudad de Santa Rosa de Osos; amadísimos diocesanos residentes en el territorio de nuestra jurisdicción y en toda la República; cristianos todos, con vosotros hablo:



Este Jesús que acabamos de pasear en triunfo por las calles de nuestra ciudad episcopal y que está aquí presente en la custodia bajo las especies sacramentales es el Verbo de Dios hecho carne, es el Hijo del Altísimo y Redentor del mundo. Él es el Rey del cielo y dominador sobre todas las cosas; Rey de los ángeles y de los hombres y Rey del universo, *universorum Rex*; reinado que le concedió el Padre Celestial conforme al texto sagrado que dice: *Ego autem constitutus sum Rex ab eo super Sion*. "Yo he sido constituido Rey sobre Sión y me han sido dadas en herencia todas las naciones" (cf. Salmo 2, 6-8).

I

Jesús, signo de contradicción

Pero este Rey universal, a quien nosotros los hijos de la Iglesia hemos escogido como nuestro divino Jefe, desde que apareció en el mundo ha sido signo de contradicción, aceptando unos su reinado y rechazándole otros. Si Jesús fue objeto de contradicción durante su vida santísima, conforme lo había anunciado el santo anciano Simeón, sigue siéndolo después de su muerte

y seguirá hasta el fin de los siglos. Niño aún le adoran los reyes de Oriente, pero encuentra al punto un enemigo formidable en el lascivo y cruel Herodes, quien le busca con afán para matarlo.

Durante su vida pública, mientras predicaba su Evangelio y sanaba a los contritos de corazón; mientras evangelizaba a los pobres y hacía portentosos milagros para que se alzaran de sus tumbas los muertos, vieran los ciegos la luz, oyeran los sordos y pudieran andar los parálíticos, una cáfila de doctores de la ley, de príncipes de los sacerdotes, de escribas y fariseos se reunía en el Sanedrín israelita para tramar la muerte del Justo; se dibujaba la división en dos bandos en que se partiría la humanidad redimida: los seguidores de Cristo y los sectarios de Lucifer.

Desde el día de la Redención empezaron a definirse mejor los contornos de esta división. Acababa Cristo de expirar cuando el centurión, los soldados y la multitud, bajando aterrados del monte, exclamaban: "Verdaderamente este era Hijo de Dios". Eran los primeros confesores de la Divinidad del Crucificado. Entretanto, los enemigos de Cristo se solazaban con la muerte del Justo, a quien habían hecho azotar y crucificar. Eran los contradictores de Cristo.

El Sanedrín emprendió inmediatamente la más tenaz persecución contra los doce apóstoles que formaban los fundamentos de la Iglesia y contra los discípulos del Crucificado, con una saña y una cólera digna del averno que representaba y cuyas inspiraciones seguía. Herodes Agripa, hecho rey de Judea, se constituyó en el verdugo de los cristianos, quienes fueron perseguidos, encarcelados y martirizados. Pero esas mismas persecuciones y muertes los hacían multiplicarse y desparramarse por todo el mundo conocido, cumpliéndose el dicho de Tertuliano, que la sangre de los mártires era semilla de cristianos.

Los emperadores romanos, y de modo especial Nerón, el más fiero enemigo del nombre cristiano, cobran tal odio a Jesucristo, que bañan el imperio en toda su extensión con la sangre de 18 millones de mártires; 105 cristianos son descuartizados, quemados vivos, degollados, cocidos en calderas, echados a las fieras para goce de los tiranos y del pueblo embrutecido, que sonrío de dicha ante las contorsiones de dolor de los que sufren y mueren por Cristo. Sufre Cristo en la persona de sus discípulos.

Cesan las persecuciones y vienen las herejías y los cismas, que arrebatan a Cristo un número incontable de sus hijos. La Persona adorable, sus enseñanzas divinas, su Iglesia santa, sus ministros, sus discípulos y seguidores, todo lo suyo es objeto de odio y blanco de los ataques de sus enemigos, quienes de manera encarnizada y furibunda, sin cejar un momento, le aborrecen y le persiguen al través de las edades. Los judíos, sus hermanos, le crucificaron hace dos mil años y los impíos de hoy lo crucifican en su Iglesia, en sus hijos y en su doctrina; los testigos falsos y los fariseos le calumniaron y la soldadesca civil le abofeteó, le escupió su rostro y le azotó, y los librepensadores de hoy prosiguen su fábrica de calumnias contra Él con esa diabólica propaganda de ideas falsas; los ateos le persiguen con sus leyes anticristianas que le arrojan del corazón del individuo, del seno del hogar, del pueblo cristiano, de la sociedad, de la escuela, del gobierno y de todas partes.

En el siglo XVI aparece el protestantismo, que rasga de por medio la túnica inconsútil de la Iglesia y roba a Cristo la mitad de sus adoradores. La revolución viene luego con Voltaire y sus secuaces, quienes se forjan este ideal horrible: aplastar al infame, es decir a Jesucristo. Este grito de horrenda blasfemia repercute en todas las naciones de la tierra y el fuego de la revolución se extiende y se dilata por todas partes con este exclusivo propósito: destruir la religión de Cristo; y para ello, eliminar el clero, a quien señalan como enemigo de la humanidad y del

progreso, según la frase de Gambetta: "El clericalismo, he ahí el enemigo", y destruir con el clero la doctrina de Cristo y borrar de la tierra de los vivientes su memoria.

Hace un siglo se ensañan contra Cristo la masonería y sus aliados y auxiliares, que son todos los errores modernos, y entre ellos el liberalismo, el socialismo y el comunismo y demás sectas anticristianas, cuya aspiración única es esta: destruir el reinado de Cristo. Y vienen en tropel los corruptores del pueblo, y, por medio de la palabra hablada y de la prensa, de los diarios, las revistas, los folletos, las hojas sueltas, las caricaturas, los cines, el radio y con su misma vida escandalosa y criminal, se empeñan en borrar las doctrinas del divino Crucificado, arrancar del pueblo el sentimiento religioso y de los corazones el dulce imperio de Cristo.

II

La bestia apocalíptica

En el momento actual aparece en el cielo de la historia, con signos de catástrofe, la bestia apocalíptica que describe san Juan; brama con ronco furor y grita: "¡Dios no, guerra mundial contra Dios, abajo Dios!".

Es el sovietismo ruso que invade todas las naciones y se prepara a dar contra Dios y su Cristo la última batalla. Organiza en el mundo entero la propaganda del ateísmo; ninguna religión puede haber, y urge destruirlas todas; por eso establece la Liga de los Sin Dios. "Luchar contra el fantasma repugnante de Dios que ha causado un mal diabólico a la humanidad entera en el curso de la historia". Así se expresa la liga. "Los bolcheviques odiamos el cristianismo", dijo el Ministro de Instrucción ruso (1925). "Abajo el amor al prójimo; lo que nos hace falta es el odio". A la juventud se le forma según este lema: "Tu enemigo es el sacerdote, es la religión; recuérdalo bien: la religión... ese es tu enemigo, el que embrutece a tus padres y a tus hermanos. La religión es el culto del mal...". "Esta lucha –agrega un jefe ruso– debe tomar carácter de lucha contra Dios, poco importa que se llame Jehová, Jesús, Buda o Alá". "Pero sobre todo contra el cristianismo...", agrega en seguida. "Hagamos apostatar a los obispos y a los sacerdotes". Esta es su táctica.

Pero los sacerdotes prefieren los tormentos más atroces y la muerte misma antes que apostatar de su fe, como nos lo demuestra la historia de veinte siglos de cristianismo.

En fin, una oleada de paganismo y de cieno impuro envuelve la humanidad, la que grita como el impío de que nos hablan los salmos: "No hay Dios". Y en lugar de Dios se entronizan la carne con todas sus infamias, la cultura atea, el neopaganismo y la envidia o lucha de clases, que son los cuatro espíritus que están cubriendo de desolación la tierra, descritos por el Apocalipsis, pero "no causéis daño ni a la tierra ni al mar ni a los árboles, hasta que marquemos con el sello la frente de los siervos de nuestro Dios" (Apocalipsis 7, 3).

III

Profecías que empiezan a cumplirse

En los tiempos actuales parecen cumplirse los terribles anuncios del vidente de Patmos, san Juan evangelista, quien nos habla de una bestia de siete cabezas y de diez cuernos y diez diademas, que sale del mar y blasfema contra Dios y contra los santos, y es adorada por los hombres. ¿No será el sovietismo ruso esa bestia que con los siete pecados capitales pretende dominar la humanidad? Dice así el texto sagrado: "Vi surgir entonces del mar una

Bestia que tenía diez cuernos y siete cabezas. Llevaba en sus cuernos diez diademas, y en sus cabezas, títulos blasfemos. Esta Bestia se parecía a un leopardo, pero tenía patas como de oso, y fauces como de león. El Dragón le entregó su poder y su trono, y le concedió gran poderío" (Apocalipsis 13, 1-2). Hasta aquí el Apocalipsis.

¿No veis, amados hijos nuestros, bien descrito el comunismo soviético? La bestia esteparia que se distingue por la variadísima perversidad de sus costumbres, como se distingue el leopardo por la diversidad de sus colores. Sus pies como de oso, porque todo lo atropellan y pisotean, aun lo más sagrado como la santísima eucaristía, los derechos humanos a la vida y al honor; y el comunismo es llamado el oso de las estepas: en su boca como de león, se explica la ferocidad y sana con que, mientras se lo permita, despedazará y devorará a los santos.

El sovietismo ruso ya empezó esta horrible empresa sojuzgando naciones, de modo que a estas horas Europa casi entera y el Asia se estremecen bajo sus pies, y América ve aterrada cómo se acerca también a sus lares amenazante y terrible. La tierra se ha bailado ya en la sangre de los hombres asesinados por la bestia y la religión se esconde en las cavernas porque la bestia quiere destruirla por odio a Dios, a quien pretende aniquilar.

Pero, hermanos míos, los ángeles que han recibido de Dios el encargo de destruir la tierra cuando llegue el fin no tocarán a aquellos que tengan señaladas sus frentes con el sello del Cordero; pero en cambio destruirán a todos aquellos que lleven el signo de la bestia.

Hermanos de mi alma, ¿cuál sello lleváis en vuestras frentes? ¿El sello del Cordero de Dios? ¿Sois de Dios? ¿O el sello de la bestia? ¿Sois de Lucifer? Porque ya os dije: Solo dos campos hay ya en el mundo: Jerusalén, el campo del Rey del cielo, Jesucristo; Babilonia, el campo del rey de los infiernos, Satanás. Hermanos míos, se empieza a librar en el mundo el último combate. ¿A qué ejército pertenecéis? Solo dos ejércitos están enfrentados: el de Roma y el de Moscú, el del Vicario de Cristo y el del gerente del demonio. Solo hay dos jefes: Pío XII y Stalin; solo hay dos frentes: las derechas y las izquierdas, la verdad y el error, el bien y el mal, la restauración en Cristo y la subversión total.

Os diré en este instante como el insigne Macabeo cuando vio las deserciones de sus soldados: "Los que son de Dios júntense a mí". Sí, cristianos, los que queréis seguir a Cristo venid conmigo a librar la última batalla. Dios lo quiere. Fuera los que no son de Dios, fuera los secuaces de la bestia.

Mas un consuelo anima mi corazón: Pienso que no haya entre vosotros secuaces de la bestia y que todos sois hijos de Dios.

IV

Resumen de los contradictores de Cristo

¿Quiénes son, pues, en resumen, los contradictores de Cristo? Son los secuaces de la bestia. Desde sus principios los muestra la historia. Son los hombres de Estado, los emperadores, los príncipes, los reyes, los políticos: ellos no han soportado que Cristo imponga su autoridad divina sobre la de ellos y sobre los hombres. Por eso se oponen a Dios y exteriorizan su odio a la religión en todas las formas posibles y se valen de todos los medios para derrocar el trono de la Divinidad.

Contradictores de Cristo son los que aspiran a dominar sobre los espíritus y dirigir por sus caminos tortuosos a la triste y desgraciada humanidad: son los seudosabios y seudofilósofos hinchados de soberbia, los letrados, los escribas de hoy, que se desvían de su camino, que no perdonan a Cristo el haberles vapulado sus espaldas con el látigo de sus divinas enseñanzas.

Contradictores de Cristo son todos estos hombres llenos de astucia y de violencia, de dinero y de placeres, de ambiciones y concupiscencias, que no soportan la moral del Evangelio que Dios promulgó en sus mandamientos y Cristo perfeccionó y practicó durante su permanencia en la tierra.

V

Contradictores de Cristo en Colombia

Colombia, hermanos míos, es un remedo del mundo, y en ella hay de todos estos contradictores de Cristo que le dominan y que siembran el odio a todo lo sagrado, a todo lo santo. Sobre su suelo, preparado por esos contradictores de Cristo, el oso apocalíptico de que os acabo de hablar asentó el 9 de abril de este año de 1948 su planta maldita, y para ello se alió con hijos innobles de esta patria desgraciada, los que ya conocéis. Recordad la horrenda sacudida de ese infausto día, los espantosos sacrilegios y las profanaciones de todo lo divino y las devastaciones jamás ocurridas hasta esa fecha en los anales de Colombia ni de América. Os lo transcribo de mi última pastoral:

“Era la tarde del 9 de abril de 1948. Como rugidos del infierno repercutieron en los oídos de los creyentes las más horrendas blasfemias contra Dios, vomitadas por bocas impías en todo el suelo de la patria. Al odio de Dios se siguieron los atentados apenas creíbles contra todo lo divino: ultrajada la presencia real de Jesucristo en la adorable eucaristía; arrojadas por el suelo y pisoteadas las especies; robados los vasos sagrados y utilizados en usos innobles, como en la negra noche de Baltazar, y destronadas de sus nichos y hechas pedazos las sagradas imágenes; destinadas las sacristías a diversiones inmundas; amontonados y convertidos en piras los ornamentos sagrados, los muebles y demás elementos del culto, después de regarlos de gasolina; incendiados los templos, las casas religiosas y los palacios de la Nunciatura y del Primado; asesinados con sevicia aterradora varios sacerdotes, como en Armero y Melgar; abaleados, amacheteados y apaleados, como en Rioviejo y Sincelejo, del Departamento de Bolívar; encarcelados, como en Yondó; ultrajados de palabra y de obra con gritos de odio y mueras, en todo el suelo patrio; empellones, golpes y garrotazos; guturaciones estentóreas desde las emisoras y en calles y plazas pidiendo la cabeza de los ministros de Dios; religiosas ultrajadas en numerosos pueblos y ciudades; colegios y universidades católicas incendiados y saqueados con saña diabólica, como la Javeriana Femenina, el Colegio de la Salle de Bogotá y la Bolivariana de Medellín”.

“A tantos y tan horrendos sacrilegios se agrega la ruina de la riqueza pública, de monumentos de las ciencias y las artes, de la historia y de la justicia, con la destrucción de casi todos los ministerios y otros palacios que perdió el Gobierno, con los legajos de más de cuatro siglos, obras de arte innumerables y archivos de incalculable valor, bibliotecas riquísimas, veneros de sabiduría. Saqueados y destruidos edificios y almacenes sin número, con la consiguiente ruina de sus dueños, eliminadas muchísimas vidas de hombres, mujeres y niños, entre ellos tantos inocentes, y en muchos lugares con sevicia espeluznante; desconocida la legítima autoridad del Presidente y de sus representantes en toda la nación; ultrajados muchos hogares y arrebatadas

y violadas por el turbión de malhechores las doncellas, muchas sin llegar a la pubertad; envuelta en sombras la cultura cristiana de nuestro pueblo; enlutada la patria y abrumados por el dolor y la miseria miles de hogares, cuyos patrimonios desaparecieron en manos de los, forajidos del 9 de abril, en solas seis horas de anarquía. ¡Qué tal si la tragedia dura seis días!”.

Por eso os he invitado, y ahora venís a rendir juramento de defender los derechos de Cristo.

VI El juramento

¿Qué es el juramento que vamos a rendir? El juramento en general es un acto de religión por medio del cual se invoca a Dios como testigo de alguna cosa. El juramento es el acto más sagrado y eficaz que conoce el hombre para dar fuerza a una afirmación, compromiso u obligación.

¿Cuál es el origen del juramento? El juramento tiene origen divino y en muchas ocasiones el mismo Dios juró. En el Deuteronomio encontramos estas palabras de Dios: *Sub juramento pollicitus sum patribus vestris*. “Ni un solo hombre de esta generación perversa verá la tierra buena que yo juré dar a vuestros padres” (Deuteronomio 1, 35). Y se habla del juramento en mil lugares escriturarios.

Dice san Pablo: “Los hombres suelen jurar por uno superior, y entre ellos el juramento es la garantía que pone fin a todo litigio. Por eso Dios, queriendo mostrar más plenamente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su decisión, utilizó el juramento” (Hebreos, 16-1,7). *Juravit Dominus et non poenitebit eum*. “Lo he jurado y he de cumplirlo: guardar tus justas disposiciones” (Salmo 119, 106).

Como juramento privado citamos el salmista en el Salmo 119, versículo 106. *Juravi et statui custodire judicia justitiae tuae*. “Lo he jurado y he de cumplirlo: guardar tus justas disposiciones”.

Como juramento público, citamos el libro de Nehemías, en donde habla del pacto que renovaron los hijos de Israel con el Señor, en la reconciliación del templo y de la ciudad santa. Firman la alianza y toman parte en la ceremonia los jefes Nehemías y Sedecías (Sadoc), su secretario, lo mismo que otros jefes, los levitas, los sacerdotes, todos los que tienen discernimiento se obligan por sus hermanos, y los principales de entre ellos vinieron a prometer y a jurar que marcharían en la ley de Dios (cf. Nehemías, caps. 9 y 10).

En el libro 11 de los Macabeos, ante la invitación que hacen a Matatías para que sacrifique a los ídolos, el caudillo de Israel exclama: “Aunque todas las naciones que forman el imperio del rey le obedezcan hasta abandonar cada uno el culto de sus antepasados y acaten sus órdenes, yo, mis hijos y mis hermanos nos mantendremos en la alianza de nuestros antepasados. El Cielo nos guarde de abandonar la Ley y los preceptos” (1 Macabeos 2, 19-21).

Además de estos juramentos citados de la Sagrada Escritura, en la historia profana encontramos muchísimos casos de promesa equivalente al juramento, de entre los cuales citamos los siguientes:

- 1) El llamamiento del papa Urbano II para la cruzada: "Armaos, amados hermanos, con el celo de Dios, ceñíos, vuestras espadas y sed hijos del Omnipotente. Es mejor morir en la pelea que ver padecer a nuestro pueblo y a los santos. Quien tenga celo por la causa de Dios que se nos junte" (*Historia de las cruzadas*).

A este llamamiento acudió Europa entera. De un corazón y labios magnánimos surgió este canto sencillo, nacido en el camino: *Lignum crucis signum ducis - sequitur exercitus; - quod non cessit? sed praecessit - in vi Sancti Spiritus*. Que en castellano dice: "El madero de la cruz, estandarte del jefe; el ejército en pos; no va atrás la bandera, les precede el pendón, en las manos de Dios".

- 2) Tras de siete años de servicio, el noble de la Edad Media se preparaba para ser armado caballero: oraciones, ayunos. Vestía túnica blanca en señal de limpieza; después túnica roja, como signo de su ardiente anhelo por derramar su sangre por la fe; por fin, vestidura negra, para recordar la muerte. Prometía en la asamblea de los caballeros y ante distinguida concurrencia: "Profesar la fe y defenderla ante todo el mundo, amar a sus compañeros, honrarlos y auxiliarlos".
- 3) Cercada Viena por los turcos en septiembre de 1653, el heroico defensor de la ciudad de Starhemberr alentaba a los cristianos con este grito: "Armad vuestros corazones; mostrad a los bárbaros que Dios, a pesar de vuestro corto número, os ha tenido por dignos, de defender la cristiandad".

Llegado en auxilio de la ciudad el rey de Polonia, Sobieski, después de recibir la sagrada comunión, oyó del sacerdote estas palabras: "En el nombre del Santo Padre os digo que la victoria es vuestra si tenéis confianza en Dios". La señal de combate fue el grito de "Dios es nuestro auxilio". Triunfantes los cristianos, Sobieski exclama: "Dios sea por siempre bendito, que nos ha dado la victoria". La ciudad fue libertada, y en memoria del triunfo fue establecida la fiesta del santo nombre de María, 12 de septiembre, en la liturgia católica.

En estos últimos casos no aparece la declaración de juramento; se trata de la promesa de defender la fe y la historia narra los hechos heroicos y extraordinarios de quienes por encima de todo luchaban por la causa de Dios y de la cristiandad.

- 4) *Cathedra* (marzo de 1948) trae este ejemplo de la religiosidad de la Edad Media: "Durante el canto del Evangelio (en la misa pontifical) todos se levantaban en actitud de defensa y se descubrían; el obispo dejaba la mitra, pero conservaba el báculo, insignia de su poder, y los caballeros desenvainaban la espada" (P. E. Rochereau, *El obispo presidente de la asamblea cristiana*).

Al igual de Dios y por Él, han jurado los reyes de todos los tiempos, los emperadores, los presidentes, los gobernantes, los empleados de los gobiernos que reciben algún cargo oficial. Al igual de Dios, han jurado los sumos pontífices de Roma, los obispos y los sacerdotes, los religiosos y religiosas y aun los esposos al pie de los altares; todos juran en nombre de Dios la fidelidad a los deberes que contraen.

Pues bien: si estos que acabo de enumerar y los generales, los oficiales y los soldados de cualesquiera ejércitos del mundo juran en nombre de Dios defender su patria y sus instituciones contra todos los enemigos externos o internos, nosotros los hijos de Dios, los que militamos bajo sus banderas, que son los estandartes de la verdad y del bien, nosotros los que formamos los ejércitos de Cristo, ¿no hemos de jurar la defensa de sus derechos aun a costa de la sangre y de la vida?

Sí lo podemos, y en este caso es un deber. Vamos a jurar en nombre de Dios la defensa de sus derechos.

VII

Fórmula de juramento de fidelidad a la Iglesia católica

Fieles hijos de la Iglesia y católicos de esta parroquia y de esta Diócesis de Santa Rosa de Osos.

Aquí estamos ante Jesús sacramentado, augusto Señor y Dios nuestro, juez inexorable de los vivos y los muertos. Preparad vuestros corazones, agítese la sangre en vuestras venas, álcense altivas vuestras diestras, retumben como el trueno vuestras voces:

¿Juráis por Dios defender, como católicos, aun a costa de vuestra sangre y de vuestra vida, los derechos de Dios y de su Iglesia?

¿Juráis defender vuestra Patria y sus cristianas instituciones?

¿Juráis defender vuestra propia vida, vuestros hogares y el honor y la virtud de vuestras esposas y de vuestras hijas?

¡Viva Cristo Rey!

¡Viva la Religión Católica!

¡Viva Colombia católica!

